

HOMENAJE AL Dr. EDUARDO ARROYO LAMEDA
CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

PALABRAS DEL Dr. JOSE ROMAN DUQUE SANCHEZ.

Vengo a cumplir el honroso mandato que me otorgara la Academia de Ciencias Políticas y Sociales para su participación en esta Sesión Especial conjunta con la ilustre Academia de la Lengua Correspondiente de la Real Española, en conmemoración del Centenario del Nacimiento del Dr. Eduardo Arroyo Lameda, para lo cual haré una síntesis de su múltiple y brillante personalidad.

En efecto, fue el Dr. Eduardo Arroyo Lameda, un destacado jurista y profesor universitario, académico, diplomático, servidor público de firmes convicciones democráticas, atildado escritor y fino poeta.

Nació en Caracas el 3 de julio de 1891. Cursó bachillerato en el Colegio Sucre de esta ciudad, donde más adelante habría de enseñar Literatura, al igual que lo hizo en el Liceo Caracas. Obtuvo el Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, comenzando su primer año de Derecho en 1910, contando entre sus compañeros de aulas a Luis Gerónimo Pietri, Aníbal Sierralta Tellería, Miguel Angel Páez Pumar, Lorenzo Mendoza, Alfonso Mejía, Juan Serafín Penzini Hernández y otros destacados miembros del Foro, todo lo cual aparece en notas escritas con su puño y letra.

Casado con la honorable dama nativa de Arequipa, de la hermana República del Perú, doña Delia Talavera Doering, deja dos hijos forjados en los principios del hogar que les sir-

vió de fragua: Eduardo Arroyo Talavera, mi destacado discípulo en la Universidad Católica Andrés Bello y la culta María Fernanda Arroyo Talavera de Díaz. Fallece el 4 de junio de 1977, a la edad de 86 años, con lo cual al haber sobrevivido a los 80 años, había efectuado con creces “el viaje de ida y vuelta”, de que nos habla el escritor argentino Constanancio C. Vigil.

Al registrar su muerte, un periodista de *El Universal*, afirmó que “era uno de esos pocos hombres que con su gran bonhomía a cuestas, transitaron por la vida serenos y seguros de estar haciendo obra útil”; y citaba luego el concepto que de él tenía el distinguido historiador Guillermo Morón, quien expresó:

“Era un guía, un rector del país, desde el punto de vista moral. Se pierde un valor en el campo de las letras, así como en el campo de la retórica moral del país”.

Con igual y doloroso motivo, un periodista de *El Nacional*, hizo de él acertada semblanza:

“Alto, delgado, flaco, de palabra bien calculada y de rostro asceta, Arroyo Lameceda conjugaba la simplicidad de sus gestos con un carácter profundo y reflexivo, producto de su solvencia personal y política y de su espíritu dado al análisis puro, sereno e imparcial. Sereno, como fue su gesto y su temperamento, con su rostro de ingenua picardía y su palabra llena de gracia y sabiduría, fallece un hombre que no tuvo sino un solo tiempo, el de toda su vida”.

Fue profesor de Historia de la Diplomacia en la Máxima Casa de Estudios que le armó Caballero del Derecho y allí se desempeñó también como Director de la Escuela de Estudios Internacionales. Su devoción por la docencia lo llevó a aceptar, pese a su avanzada edad, el Rectorado de la Universidad Avila, animado de la mejor intención y teniendo siempre presente el servicio a la Patria. “Su nombre —afirmó en decla-

raciones a la prensa, una representación estudiantil— ha tenido en todo momento nuestro respeto y consideración, ya que prestaba su prestigio a la Universidad Avila”. Nunca llegó a imaginar la delicada situación por la que pasaría la naciente Institución, en la que le acompañaban distinguidas personalidades. Esto lo afectó profundamente, al punto de que al ser entrevistado, expresó al reportero: “Me siento tan moralmente apenado, que no quisiera hablar de estas cosas”.

Sus cualidades de escritor y de jurista, lo hicieron merecedor de sendos sillones en las Academias de la Lengua y de Ciencias Políticas y Sociales. En la primera, ocupó el sillón que dejara vacante con su muerte Pedro Emilio Coll y para el momento de su fallecimiento era su Director interino; a la par que en la segunda, pasó a ocupar el sillón 25 a la muerte de Julio Blanco Ustáriz, cuyas doctas opiniones de jurista no podré olvidar. Perteneció también a las Academias de la Argentina, Uruguay y Colombia y fue Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

En el servicio exterior, representó dignamente a la República en las dos reuniones de Londres y París de la Primera Asamblea de las Naciones Unidas. Fue representante del país en el Comité de Defensa del Continente (1942) en Montevideo (Uruguay) y en el Comité Jurídico Interamericano de Río de Janeiro (Brasil), en 1947.

Ocurrido el golpe militar contra el ilustre escritor don Rómulo Gallegos, se separó inmediatamente de todo cargo diplomático, lo que habría de hacerlo objeto de persecuciones y hostilidades por parte de la dictadura, que no le hicieron sin embargo dar un paso atrás en la defensa de los derechos humanos impunemente violados. Restablecidas las instituciones democráticas en 1958, aceptó ir a Colombia con el cargo de Embajador.

Si destacada fue su gestión en el campo de la diplomacia, no menos habría de ser su actuación en la vida política del

país, contribuyendo a consolidar el sistema institucional de la Patria, desde la Presidencia del Consejo Supremo Electoral en 1963, como lo ponen de manifiesto sus discursos en esa etapa difícil de tensiones políticas que le tocó vivir.

“En nuestro sentir —dijo en una ocasión— la democracia que hemos logrado debe salvarse sin remilgos ni vacilaciones de ningún género. Las solas fórmulas que nos están vedadas son las que dejan asomar algún tizne antidemocrático. Las manchadas de injusticias y de violencia, estamos en el deber de repudiarlas sin contemplaciones”; y agregó:

“Hemos trabajado con incansable devoción para procurar-le a Venezuela, de acuerdo estrictamente con la Ley, unos comicios dignos de nuestro pasado y de nuestro porvenir. No hemos sido cobardes, ni remisos, ni calculadores. Hemos hecho lo posible por superar en cada instancia, las dificultades que prosperaban en derredor. Su trata de un período sembrado de zozobras y contratiempos. La palabra “adelante” ha sido nuestra consigna y, a decir verdad, no es una mala consigna para las instituciones ni para los individuos”.

Cuando clausuró como Presidente del Consejo Supremo Electoral en 1963 la campaña comicial, afirmó:

“A despecho de los violentos desafíos, tres millones quinientos mil venezolanos acudiremos a las urnas para demostrar que nuestra democracia es indestructible”; y luego, cuando se separó del mismo Consejo en 1967, lleno de satisfacción, asentó:

“Ya nadie podrá detener la marcha hacia el institucionalismo. Estoy orgulloso de haber contribuido, aunque en mínimas proporciones al afianzamiento de la democracia”.

Inclinado desde sus primeros años a la actividad literaria, no es de extrañar que contando apenas 19 años colaborara en “El Cojo Ilustrado” con artículos escritos en el más puro castellano y con hermosos poemas de la más alta inspiración.

Su primer libro de poesías fue “Momentos” y el poema “Autorretrato” incluido en el mismo, fue motivo de resonantes comentarios de la crítica de esa época. “Comencé como casi todos los venezolanos cultos, con un libro de poesías”, expresó refiriéndose a sus dotes de escritor.

Publicó luego “Motivos Hispanoamericanos”, premiado en 1930 por la “Revue de la Amerique Latine”, de París, junto con las “Leyendas Guatemaltecas”, de Miguel Angel Asturias (Premio Nobel), como las mejores de la lengua castellana traducidas al francés.

Deja un ensayo sobre el Libertador y sus ideas políticas; comentarios sobre cuestiones internacionales, intitulados “Apuntes Internacionales”; un estudio sobre Rómulo Gallegos, como escritor y político; varios ensayos bajo los motes de “La Tolerancia Política”, “Naturaleza de las Letras” y “Confiar en la Inteligencia” y así muchos otros trabajos y conferencias que forman parte de su prolífica labor de escritor y ensayista, amén de sus colaboraciones en los principales diarios y revistas del país y en destacadas publicaciones del exterior.

Su libro “Motivos Hispanoamericanos”, antes señalado, contiene un ensayo que destaca la labor en Londres, en favor de la independencia de la América Española, de J. M. White. Notables son sus conferencias en el Centro Anglo-Venezolano, de Londres, en la Universidad de Liverpool y en el Club Nacional y en el Ateneo, de Montevideo. Colabora, por designación de la Academia Nacional de la Historia, con José Nucete Sardi y Jacinto Fombona Pachano, en trabajos relacionados con la publicación del Archivo de Miranda.

Tal era la múltiple y brillante personalidad de Eduardo Arroyo Lameda, para quien con lo expuesto considero modestamente cumplidos los propósitos de la participación en este acto de la noble Institución que me constituyó su mandatario. Ojalá que de ultratumba no merezcamos los venezolanos la censura de sus relevantes virtudes y antes bien, sepamos se-

guir a cabalidad el ejemplo de su vida fecunda, moralizadora y democrática, en esta hora preocupante y angustiosa que vive la República.

Caracas: 2 de diciembre de 1991.

*